

Alberto Ghirardo

Un manco artífice



ODEANDO la mesa del café predilecto está el cenáculo, el grupo, la peña presidida por el escritor insigne, cuya es la figura más original que ambula por las calles y sitios públicos del Madrid alegre y pintoresco.

Habla el maestro y su palabra, desgranándose en perlas, cae, recogiénolas ávidos los espíritus, como un riego fecundante, con atención que es símbolo de comprensividad, con respeto que no es mengua y con cariño que es flor purísima de simpatía. El narrador maravilloso del «Romance de lobos», el suntuoso, galante, inquietador y sin par estilista de la «Sonata de otoño»; el creador de aquel «Jardín novelesco», digno, por la fuerza y el color de los cuadros descriptivos en sus páginas fulgurantes, de parangonarse con el grande entre los grandes de los cuentistas universales—¡oh, Maupassant portentoso!—ha vivido una de las escenas más hondas y crueles a que pueda someterse el alma

de un hombre. Bien que esa alma pertenezca a un hombre que en el mundo del arte, de la verdad y de la idea, responda al nombre glorioso de don Ramón María del Valle-Inclán.

Habla el maestro. Oid:

Como el gran Cervantes, no puede él vanagloriarse de haber perdido un brazo en defensa de la patria, ni haber escrito el mejor de los libros del mundo. Es verdad desgraciada y sin levante. Pero en cuanto a entereza de ánimo, si una prueba basta para certificarlo, ahí está la suya, que yo cedo un ápice ni aun puesta en parangón con la más alta.

Fué después de la reyerta con el amigo entrañable, el cual, ofuscado, ciego, llegó en el colmo de la desesperación, a descargar el bastón de paseo sobre el maestro, quien listo y ágil con el brazo izquierdo detuvo en el aire el garrotazo que iba, recto a romperle la gentil figura.

La fatalidad hizo que el palo fuera justo a golpear sobre la collera del puño, produciéndole una contusión, al parecer insignificante.

Traidora, la pequeña herida no pudo alarmar a nadie, tanto que el maestro, generoso y altivo, había olvidado ya y perdonado el incidente, cuando los bordes de aquélla comenzaron a adquirir el color cárdeno de las carnes en principio de descomposición.

Y un día, el médico, a quien se acudió tarde, dijo en tono solemne, casi trágico:

—Esto va mal. Ensayemos el último recurso.

Y dió las órdenes terminantes que el caso exigía. Después vino la desinfección enérgica, suprema y sin contemplaciones, el raspaje cruel, la compresión sin ternura; ítem más, los yodos y otros tópicos impuestos por las circunstancias.

Pero el color cárdeno, con violencia inusitada, reapareció más intenso; y en horas, en minutos más bien, el brazo, el pobre, el valiente brazo que había salvado del garrotazo pérfido a la gentil figura, asumía la apariencia monstruosa y fantástica de los miembros gangrenados.

Entonces el médico movió melancólico la cabeza; hizo un gesto significativo de impotencia y miró al maestro con una de esas miradas mucho más elocuentes que todas las palabras juntas. Era necesario acudir a los remedios heroicos. El maestro acababa de entenderlo así en forma definitiva. Se trataba de cortar el brazo a la altura del hombro.

—Prepárese usted. No hay otra salvación.

—Está bien.

Hecha la resolución y terminados los preparativos operatorios, el maestro se negó firmemente a la anestesia.

—Se impone el cloroformo—dijo el médico.—La prueba sería demasiado fuerte.

La palabra ceceosa, pero enérgica del maestro, dió sin temblar la contestación estoica:

—Pues, por eso.

El médico dudó un instante. Más aun, tuvo la in-

tención de anestesiar al maestro sin que éste se apercibiera. Pero era tal su resolución que no se atrevió.

Desnudo y preparado el brazo, el maestro dijo:

—Corte usted.

Y su mirada serena, pero fortalecida por un valor supremo, iba del rostro del operador hacia el brazo mártir.

¿De dónde extrajo energías para resistir a tan formidable prueba?

La realidad es que no se conserva memoria en los anales médicos de una entereza análoga.

Se explica que en la guerra, aturdidos los hombres por los golpes, embriagados por la fiebre del combate, enceguecidos por el odio o la cólera, locos o atontados por el estruendo de las armas, sacados de centro o de quicio por toda suerte de emociones dramáticas, puedan soportar, sumidos en una especie de inconsciencia salvaje los más horrendos suplicios. ¡Pero así, en plena serenidad, sin que nada ni nadie le impusiera el dolor, como por un capricho sin explicación satisfactoria aparente, duro, férreo, inflexible consigo mismo, obligarse, someterse a la espantosa desgarradura, sin un grito, sin una queja, sin un suspiro de alivio!... ¡Pobre maestro! ¡Era como para dudar de la serenidad de su cabeza!

Colocadas las compresas y sajada la piel en la forma indicada por los más elementales procedimientos quirúrgicos, había exteriorizado un ligero estremecimiento en el labio inferior. Después ni un solo gesto.

El bisturí inició la terrible carnicería, se hizo la ligazón de las arterias, la sierra funcionó sobre el hueso y el maestro permaneció impávido.

Aquel castigo, aquella expiación parecía no tener fin. Duró una hora convertida en eternidad.

• •

Los concurrentes de la peña escuchaban atónitos la narración maravillosa. Alguien rompió el silencio augusto, exclamando en tono ditirámbico, aunque impregnado de cariño y admiración nobilísima:

—Yo saludo a Don Ramón María del Valle-Inclán-Cervantes, manco glorioso y maestro moderno de arte y de energía.

Y entonces el maestro, cambiando de tono y gesto, en una de esas explosiones de ironía amarga, como la ola marina y, sutil, como las espadas, que le eran peculiares, transfigurado por la luz del recuerdo sangriento e inolvidable para siempre, contemplando la manga hueca de la chaqueta, colgante a manera de un espantapájaros campestre, dió remate al tema, contestando al pie:

—No; de energía, no. Cervantes, ya el brazo amputado, concibió y escribió el «Quijote». Yo... He aquí mi secreto. Os lo confieso a vosotros: Terminada la operación pedí el alejamiento de cuantos me rodeaban. Y ya solo, en la habitación en penumbras, lloré, lloré a mares, como lloran los hombres sin consuelo, so-

bre mi brazo perdido. Lo lloro aún en mis noches; lo lloraré siempre...

Y, como arrepentido ante la angustia de los circunstantes, el maestro, generoso, sonrió con su sonrisa indiscifrable...